



DOMINGO DE LAS FUERZAS ARMADAS 2022

RECURSO DE SERMÓN

¿PUEDE UN CRISTIANO SER UN SOLDADO?

By W.C. Burhop

“PELEA LA BUENA BATALLA DE LA FE” (1 TIM. 6:12A).

¿Es posible que un cristiano sea soldado? Muchas personas han hecho esta pregunta, y algunas han respondido negativamente.

Tal vez, algunos de ustedes que han comenzado su servicio en el militar o esperan ser llamados en los próximos meses pueden estar preocupados por la misma pregunta. Si no te preocupa en este momento, podría ser que le moleste a usted cuando le enfrente a las severas realidades de la guerra activa.

Nuestra respuesta a esa pregunta es: “Sí, es posible”. Esa respuesta se basa en la Palabra de nuestro Señor. Dios le dio al gobierno el poder de la espada. En Romanos 13:4, leemos: “Él”, es decir, el gobernante, el gobierno, “no en vano lleva la espada, porque es siervo de Dios, vengador que lleva la ira de Dios sobre el malhechor.” El poder de la espada incluye, por un lado, la autoridad y comisión para castigar a los transgresores dentro del estado o país; por otro lado, es la autoridad y el deber proteger el estado o país contra los transgresores externos y hacer la guerra si es necesario para la protección de las vidas, libertades e instituciones de sus ciudadanos. También leemos en Deuteronomio 20:1-4, que el Señor promete a Israel Su ayuda y protección para durante las guerras de defensa.

Eso significa que el gobierno tiene el derecho y el deber de levantar y entrenar ejércitos y enviarlos a la batalla. Y cuando el gobierno, en cumplimiento de ese deber, llama a los hombres al servicio, es un deber de los ciudadanos a obedecer, porque en Romanos 13 leemos: “Toda persona esté sujeta a las autoridades gubernamentales. Para no hay autoridad sino de Dios, y la autoridad gubernamental que existe ha sido instituida por Dios. Por tanto, él que resiste a las autoridades, resiste lo que Dios ha dispuesto, y los que resisten incurrirán en juicio.” Por lo tanto, al responder al llamado a las armas, al entrenarse para la guerra y al ir a la batalla para vencer al enemigo, el soldado solo está cumpliendo con un deber, por severo que sea, y si es cristiano puede consolarse a sí mismo, con el pensamiento de que, mientras actúe de acuerdo con la Palabra del Señor, su estado de gracia no peligrará.

Los jóvenes cristianos, por tanto, que son reclutados, no deben pensar que ahora les será necesario negar las preciosas lecciones de su juventud, violar su conciencia, arrojar por los aires sus principios cristianos. Deben ir sabiendo que su servicio activo no tiene por qué interferir con su estado de gracia y que se comporten como hijos de Dios y seguidores de Cristo, para que — pase lo que pase— hereden la vida eterna y la salvación. deberían

ir resueltos no sólo a comportarse como buenos soldados, sino también a “pelear la buena batalla de la fe”.

Pelea la buena batalla de la fe

Es en este pensamiento en el que me gustaría detenerme más extensamente.

Luchar por el propio país, por necesario que se vuelva a veces, no es “[luchar] la buena batalla de la fe”. Los dos deben mantenerse distintos. El primero es un negocio secular; el segundo es un asunto espiritual. Nuestro país, sus libertades, sus instituciones democráticas, sus oportunidades de desarrollo son dones temporales de Dios. La fe, sin embargo, es un don espiritual celestial. Por lo tanto, un hombre puede ser un soldado valiente, puede dar su vida por su país, su memoria puede llegar a ser celebrada en mármol y canción; sin embargo, es posible que nunca supiera lo que es pelear la buena batalla de la fe. Esperamos que ustedes que ya han sido llamados a los colores y los que aún están por ser llamados, se desempeñen como hombres en la causa de la defensa de nuestro país, pero oremos para que como valientes soldados de Cristo peleen también la buena batalla de la fe.

Por “la buena batalla de la fe”, el apóstol se refiere a la guerra incasante que el poseedor de la fe debe librar contra el pecado en su propio corazón y contra los enemigos de su alma, Satanás y sus secuaces. Estos enemigos buscan robarle al cristiano su fe en el Señor y en la justicia de Cristo, atraerlo al servicio de la iniquidad y el pecado, y convertirlo en enemigo de Dios; el cristiano debe luchar si no quiere sucumbir. Esta guerra no es un juego de niños; es una lucha calculada para poner a prueba la fuerza espiritual del mejor soldado de la cruz.

Todos debemos tomar parte en esta guerra espiritual. Aquí no existe tal cosa como enviar a otros a pelear nuestras batallas por nosotros. Por otro lado, es cierto que algunos están, por una u otra razón, particularmente expuestos a los ataques insidiosos del antiguo enemigo malvado y deben llevar a cabo esta lucha con una vigilancia y un vigor poco comunes. Esto es ciertamente cierto para aquellos que son llamados a las fuerzas armadas. Esto no se dice para desanimarlos, sino para recordarles lo que deben esperar, para que puedan prepararse en consecuencia. Conocemos el dicho:

“Prevenido está preparado”.

Como miembros de nuestras fuerzas armadas, deben vivir y trabajar entre muchos que no han sido criados en hogares cristianos y no han recibido entrenamiento cristiano. Estarán en contacto diario con muchos que no aman al Señor, mucho menos lo sirven, que se burlan de Su Santa Palabra y sonríen burlonamente ante el pensamiento o la mención de un compañero de oración. En medio de tales asociaciones, se verán fuertemente tentados a guardar su libro de oraciones y su Biblia y olvidarse de los servicios de su iglesia y de su Dios. Es entonces cuando tendrán que tener en cuenta el mandato del apóstol de “pelear la buena batalla de la fe”, para que nada los vuelva en contra el Salvador, quien voluntariamente soportó el ridículo y el escarnio para que pudiéramos ser salvos y eternamente exaltados.

Además, como miembros de las fuerzas armadas, nuestros jóvenes cristianos son arrojados a la sociedad de algunos que son moralmente corruptos, quienes en su habla y en la manera en que usan su tiempo libre muestran que se deleitan en los deseos de la carne. Como resultado, a menudo se verán fuertemente tentados a la inmoralidad, la blasfemia y la inmundicia al hablar. Deben acordarse de orar al Señor, cuya fuerza se perfecciona en nuestra debilidad, para que les ayude a “pelear la buena batalla de la fe”, para que les dé un corazón casto y limpio, una mente llena de aversión al mal. y con amor por lo que le agrada.

Finalmente, nuestros jóvenes cristianos en las fuerzas armadas serán fuertemente tentados a dejarse llevar por el odio hacia aquellos contra quienes nuestro país está en guerra. Hay quienes parecen pensar que el patriotismo implica odio por el enemigo y, desafortunadamente, algunos en lugares altos han declarado su odio amargo e imperecedero hacia el enemigo y tratan de impartirlo a nuestros soldados. Ese concepto degrada el nombre mismo de patriotismo; sobre todo, contraviene la Palabra de Dios. El patriotismo es el amor a la patria y la devoción por su bienestar. Sin duda, ese debería ser un motivo suficientemente fuerte para inspirar al ciudadano servir a su patria y, si es necesario, sacrificar su vida por su preservación.

El Señor dice: “Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos. Porque él hace salir su sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos” (Mateo 5:44–45). Y recordad que si bien el amor de Dios le mueve a derramar sus bendiciones temporales también sobre los malos e injustos, no le impide visitar a los impíos con terribles castigos. Con Sus bendiciones, Él se esfuerza por atraerlos hacia Sí mismo; con sus castigos, los despertará del sueño del pecado, para que se vuelvan a él y sean salvos. Tanto Sus bendiciones como Sus castigos son evidencia de Su amor por el bienestar de las almas de los hombres.

No penséis, pues, que porque nuestra patria se ha visto en la necesidad de desenvainar la espada contra el enemigo, vosotros que sois llamados al servicio debéis permitir que las fuentes de la vida se envenenen con odio. “Pelea la buena batalla de la fe.” Pídanle al Señor que ilumine y caliente sus corazones con Su gran amor, para que puedan emular al Salvador y orar por sus enemigos, y luego avancen valientemente y peleen las batallas de nuestro país con todas sus fuerzas. Pero háganlo porque son las batallas de nuestro querido país, que hay que proteger.

II

Debemos “pelear la buena batalla de la fe”. Pero hay que tener en cuenta que nadie puede hacer esto por sus propias fuerzas y que si tuviera que depender de sus propios recursos, fracasaría por completo.

Para convertirse en soldados efectivos, aquellos que son reclutados para el servicio deben estudiar su manual de ciencia y tácticas militares para obtener la información necesaria, para saber qué hacer y qué evitar. Además, deben agruparse en compañías, batallones y regimientos para que la fuerza y habilidad de cada uno se complemente con la de los demás. Así, se construyen unidades de combate compactas y fuertes. Finalmente, se les debe dar un comandante capaz, que sea capaz de planificar y dirigir sus movimientos y de inspirarlos frente al peligro.

Todo esto nos da valiosas sugerencias para quienes están peleando “la buena batalla de la fe”. El manual que ellos como cristianos van a estudiar es la Biblia. Eso nos da doctrina, reprensión, corrección, instrucción en justicia. Pero este manual le da al soldado cristiano mucho más que una mera información. El Espíritu Santo es operativo en esa Palabra. A través de él, transmite al lector devoto la correcta comprensión del maravilloso plan de salvación de Dios y de su divina providencia, así como la fuerza y el poder necesarios para obrar de acuerdo con sus mandamientos. Es el poder de Dios para salvación. Si, por lo tanto, quieres pelear la buena batalla de la fe, ¡debes ser un estudiante diligente de esta Palabra de vida!

Una vez más, debe buscar la compañía y el compañerismo de otros cristianos. Tales asociaciones los ayudarán a fortalecerse espiritual y moralmente y les facilitarán el andar por el camino angosto que conduce a la vida.

Finalmente, debes ponerte en obediencia sumisa y voluntaria bajo la dirección de Cristo, el gran Capitán de nuestra salvación. Con Él, debes comunicarte en oración de fe. A Él, debes buscar sabiduría, juicio, guía, ayuda, protección y bendición.

Si el soldado cristiano sigue estas instrucciones de las Escrituras, el Señor no permitirá que sea avergonzado. Dios cumplirá Sus palabras: “Porque él se aferró a mí con amor, yo lo libraré; Lo protegeré, porque sabe mi nombre. Cuando me llame, le responderé; estaré con él en la angustia; Yo lo rescataré y lo honraré” (Psalm 91:14–16).

A todos los que son llamados al servicio, les decimos: “Pelead la buena batalla de la fe. ¡Fortalécete en el Señor y en el poder de Su fuerza!” Amén.

por W.C. Burhop, Pastor, Calvary Lutheran University Church, Madison, Wis. Adaptada de un sermón de The Lutheran Chaplain (March 1944)

La última página ha sido formateada para permitir la reproducción en un 5.5” x 8.5” boletín dominical.